B O S T O N   U N I V E R S I T Y

G R A D U A T E   S C H O O L

T H E S I S

INFLUENCIA DE ESPAÑA EN EL ROMANTICISMO FRANCÉS

S u b m i t t e d   b y

SALVADOR CORNEJO

(L. en F.- S. F. de León, Spain, 1901)

In partial fulfilment of the requirements for

the degree of Master of Arts

1920

Romanticism - France

LÍNEAS GENERALES

I - Como introducción se da:

A) - Una idea general de la influencia de España en la literatura universal,

B) - y particularmente en la literatura francesa en el siglo de oro,

C) - y más particularmente en la época del Romanticismo .

II) - Los tipos y escritores españoles que más influyeron en el Romanticismo francés fueron:

A) - El Cid- Tipo caballeresco y personificación de la España caballeresca. En el romance del Cid predomina además el espíritu religioso y la intervención de lo sobrenatural.

B) - Cervantes - El Romanticismo francés descubrió un Cervantes nuevo, e hizo justicia al manco de Lepanto. - El Quijote es una concepción romántica. - Todas las obras de Cervantes, pero en especial esta última, influyeron poderosamente en los románticos de allende los Pirineos.

C) - Don Juan - El Donjuanismo con sus caracteres de orgullo, inconstancia, valentía y amor del ideal, inspiró muchas páginas de los románticos vecinos nuestros. - Don Juan Tenorio personifica el carácter español.

D) - Calderón de la Barca - Éste fué el ídolo de los románticos.- Las notas de su teatro son: Honor y Galantería. - Los clasicistas franceses lo censuraron acerbamente, pero los románticos le hicieron plena justicia.

III) - Los corifeos del Romanticismo francés que deben mucha

de su inspiración a España son:

A) - Mérimée - "Théâtre de Clara Gazul"- Ama con pasión el espíritu popular de España. - Sus pinturas de España están llenas de verdad. - Hizo varios viajes a la península.

B) - Stendhal - Se jactaba de que por sus venas corría sangre española. - Tiene una manera especial de ver el honor del español.

C) - Gautier - En su "Voyage" pinta admirablemente los panoramas españoles, los monumentos y en especial la catedral de Toledo. Para él no hay más España que la España de los paisajes.

D) - Vigny - En su "Dolorida" y en su "Trappiste" se muestra profundo conocedor del espíritu español. Analogía entre él y Calderón.

E) - Musset - Escribió bajo la inspiración de España "A la Malibran", "Une Andalouse", "A Pepa"

F) - Víctor Hugo - Es el príncipe de los románticos franceses y es el que más debe a España. Vivió mucho tiempo en la península, y se gloriaba de tener sangre española. Sus obras inspiradas por España son: "Hernani", "Ruy Blas", "Torquemada", "La II Légende des siècles", y muchos pasajes de "Les chansons des rues et des bois".

INFLUENCIA DE ESPAÑA EN EL ROMANTICISMO FRANCÉS.

La influencia de España en la literatura universal es un hecho que nadie, por medianamente versado que esté en las letras humanas, puede desconocer. Influencia ha sido ésta poderosa en grado sumo. Desde los gloriosos tiempos en que Toledo era el lazo de unión entre las civilizaciones de Oriente y Occidente, hasta las últimas producciones de Galdós y Benavente, pasando por los romanceros, novelistas, dramaturgos y místicos de la Edad de oro; desde "les fantastiques élévations espagnoles" como las llamaba Montagne, de los Amadis y sus interminables estirpes de Palmerines, Esplandianes, Polismanes, Valerianos y Oliverios, hasta las inimitables escenas del Trovador de García Gutiérrez, cantadas con divino y todavía no superado arte por Verdi, los tipos y el estilo españoles han invadido el mundo artístico y literario y han ejercido en él decisiva influencia.

Pero no hay nación en la que dicho influjo se haya dejado sentir tanto como Francia. Debido sin duda a ser los dos países colindantes, o al hecho de haber intervenido juntos en mil y mil aventuras en el decurso de los siglos, o a las dos cosas a un tiempo, ello es que a España debe Francia la inspiración de muchas de sus obras maestras en el campo de la literatura. En el siglo XVII salían a millares los libros españoles de las prensas extranjeras de Amberes, Amsterdán, Venecia y Milán, pero sobre todo de León de Francia y de París. Por todas partes buscábanse intérpretes de nuestra lengua y

se divulgaban gramáticas, diccionarios, artes, tesoros, espejos y flores para facilitar el estudio del idioma de Castilla. Antes de que empezase ese movimiento europeo hacia el estudio de la literatura española, Cervantes había dicho que "en Francia ni varón ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana". Ahora bien, el estudio del castellano siguió cultivándose siempre en Francia y los autores franceses han mostrado siempre especial predilección por obras genuinamente españolas y en ellas se han inspirado con frecuencia, llegando a veces hasta plagiarlas. Así, La Fontaine tomó su "Paysan du Danube" del "Reloj de Príncipes" de Antonio de Guevara. "L'Astrée" de Honoré d'Urfé está copiada de la "Diana" de Jorge de Montemayor. Corneille tomó su "Cid" de Guillén de Castro. Le Sage se inspiró en las novelas picarescas para escribir su "Gil Blas", y en cuanto al "Diable boiteux" claro es que lo tomó de Luis Vélez de Guevara. El "Don Juan" de Molière es creación de Tirso de Molina, y Corneille tomó su "Menteur" de Ruiz de Alarcón. John Fr. von Cronegk, hablando a los admiradores del genio francés, les muestra más allá de la Francia la rica poesía española en la cual, dice, se ha inspirado la literatura francesa. Del caudal inmenso de la Comedia española proveyéronse directa e indirectamente cien y cien poetas franceses. El célebre Frédéric de Schack en su "Histoire de la Litterature dramatique en Espagne" hace una minuciosa investigación acerca de los temas, caracteres y situaciones tomadas al teatro español por el francés, y a fé que uno queda sorprendido de lo mucho que nuestros vecinos se han aprovechado de nuestra cosecha literaria. No pretendo comparar aquí el teatro español con el francés. Si el Cid de Corneille dejó en la sombra las Mocedades de Guillén de Castro; si Molière creó dramas insuperables,

caracteres profundamente humanos, eternos, variando a su arbitrio y casi siempre con acierto, la invención debida en primer lugar a España, no por eso disminuye la deuda contraída por los escritores franceses con la patria de Lope, de Tirso y de Alarcón.

Mas no es nuestro ánimo seguir por ese camino, sino que preferimos concretarnos a una época literaria, a la época conocida con el nombre de era romántica, y demostrar brevemente la influencia que España ha ejercido en el Romanticismo francés.

EL CID CAMPEADOR, personaje legendario de la literatura castellana de la edad media, bien conocido en el mundo entero por todos los amantes de las letras, ejerció gran influencia en el romanticismo francés. El Cid es la personificación, el tipo de la España heróica y caballeresca. En él se aunan el valor guerrero, a veces temerario, siempre heróico, con la caballerosidad más exquisita, manifestada en su desinteresada protección a las damas y en su abnegada devoción a la causa de su rey. El espíritu religioso embalsama las páginas del romancero del Cid y la intervención de lo sobrenatural les da ese tinte y colorido de maravilloso y ultraterreno que constituye uno de los más salientes caracteres del romanticismo. El Cid ganando batallas aun después de muerto, es una concepción que supera al episodio del cuerno de la Canción de Rolando.

La mejor traducción al francés del romancero del Cid es, a mi juicio, la publicada por la "Bibliothèque universelle des romans" en 1783. La escuela romántica francesa estaba entonces en sus albores y no hay para qué decir que el público literario de allende los Pirineos devoró con avidez aquellas páginas que tan bien decían con sus gustos y tendencias. A esta traducción siguió la obra de Creuzé

de Lesser "Les Romances du Cid imitées de l'espagnol"publicada en París en 1814. Emmanuel de Saint Albin publicó su traducción del romancero del Cid en 1866 y antes que él, en 1822, Abel Hugo, hermano de Víctor y page del rey José de España, había publicado su traducción francesa del Cid y una colección titulada: "Romances historiques". De estas obras de Abel se sirvió Víctor Hugo, como él mismo lo confiesa, para su romancero del Cid que es la segunda "Légende des Siècles" (París,1877,tomo I, página 117) obra ésta que es la más española de las obras de Hugo.

Mas vengamos a CERVANTES.

Si España no hubiera producido otra cosa que la viva representación de la lucha eterna empeñada entre la desnuda realidad que arrastra al hombre por la dura tierra, por los despoblados de la Mancha, y la fuerza arcana que lo levanta a la esfera ideal, imaginando castillos y Dulcineas, sólo por ello merecería la gratitud de todos los románticos. Sin Cervantes es imposible concebir la literatura romántica. Todos, quien más quien menos, se inspiran en el manco de Lepanto; todos beben en sus puras fuentes; todos repiten, variando hasta lo infinito, sus cuadros y sus pinturas. Ninguna obra ha tenido filiación tan grande como el Quijote.

El romanticismo francés, siguiendo en esto al alemán, descubrió un Cervantes desconocido, el artista inspirado y consciente, pensador altivo que tuvo un concepto original del arte y de la vida y la pintó con poderosos símbolos. Los poetas románticos de Francia tuvieron la intuición de un poeta más grande que ellos, un héroe del verbo y del símbolo. Todas las grandes cuestiones que agitan la crítica actual respecto a Cervantes las ha solucionado la crítica romántica. Los escritores de esta época intentaron renovar la idea que

era preciso formarse del poeta; quisieron crear, en lugar de la fría crítica de los defectos, una crítica vivificada por el amor y el entusiasmo, una crítica creadora de belleza y capaz de inspirar a su vez al artista y al hombre moderno. Gracias a ellos, Cervantes salió del dominio estrecho de la crítica literaria, para aparecer como un genio y un apóstol, el poeta de su nación y de su raza, un filósofo y un artista.

No fué obra del azar el que Cervantes tomase en el romanticismo francés una autoridad dominante. Su obra respondía admirablemente a las necesidades del alma nueva. Los primeros románticos eran conducidos por el desarrollo general de su pensamiento a un estado de crisis en el cual sus ideas y sus sueños poéticos comunicaban en una vasta síntesis artística, cuyo espíritu y leyes profundas se encontraban precisamente en los escritos de Cervantes; no sólo en el Quijote sino en la obra entera del artista. Las tendencias particulares de cada romántico se coordinaron en grandes direcciones de conjunto y todas estas corrientes aparentes o secretas conducían más o menos directamente al Cervantes de la nueva doctrina.

Los románticos franceses tenían la idea de que el mundo entero es un vasto organismo viviente, regido por sus propias leyes que no son ciertamente las de la razón. Así, pues, ningún elemento de este universo puede estar aislado. La historia de la literatura y de la crítica no deben limitarse a la época griega o al estudio de la producción actual, sino que antes bien han de abarcar la producción artístca toda entera del pasado y del presente. De ahí ese apasionamiento por los grandes períodos calumniados, a saber, la edad media provenzal, la época de Shakespeare y el siglo de Felipe II.

Era, pues, preciso salir de Francia e ir en busca de las grandes civilizaciones extranjeras de las que nada se sabía y de las que tanto se podía aprender. Por primera vez entonces se interesaron los franceses en las literaturas espontáneas y originales de Dinamarca, Rusia y hasta del Oriente; mas los románticos vecinos nuestros tenían la nostalgia de la costa mediterránea, y los pueblos del sur ejercieron sobre ellos mágica influencia . España sobre todo, tan curiosamente oriental, evoca todos los sueños de lo maravilloso y de las locuras aventureras, y Cervantes ofrece el cuadro más vivo de esta España romántica. Por vez primera se estudia en Francia a Cervantes, no solamente en sí mismo, sino en sus relaciones con sus contemporáneos y con su nación. Se observa que los rasgos caraterísticos de su genio son propiamente españoles y que él personifica todo el siglo XVI.

Todas las obras de Cervantes son admirables y cada una de ellas crea un género nuevo, quedando ella el modelo definitivo. "La Galatea" brilla con todas las gracias de la juventud y de la poesía, "el Persiles", al contrario, más grave y misterioso, está como rodeado de un enigmático simbolismo; en cuanto a las "Novelas" son admirables por lo variado y pintoresco de sus cuadros, el arte de su estilo y el profundo sentido de su inspiración. "La Numancia" es un drama de gran empuje, digno de la musa antigua, heróico y grandioso. Sin embargo, "Don Quijote" representa mejor que niguna otra de las obras de Cervantes, el pensamiento del poeta. No hay que ver en el Quijote, dicen a coro los románticos franceses, un libro simplemente recreativo para leerlo después de comer o para hacer desternillar de risa, sino una obra seria y rica en pensamientos; no una mera sátira de las novelas de caballería, sino el amplio cuadro de un mundo y de una humanidad. Se quiso buscar una interpretación metafísica a

la novela del caballero manchego y se la encontró en la teoría de la desarmonía universal. Rousseau había adoptado la hipótesis de la desasociación primordial del mundo, de donde resulta la antítesis trágica que nos ocupa. Fichte, en cambio, opuso la teoría del yo y del no-yo, y habituó el pensamiento contemporáneo a ver este antagonismo entre la vida y el sueño, entre la trivialidad y el ideal, entre la prosa y la poesía. Ahora bien, Don Quijote es el símbolo admirable de esta dualidad. Como él, los románticos habían experimentado el deseo de lo absoluto, el amor de lo infinito personificado en el amor del héroe cervantino por la Dulcinea de sus sueños. Este amor va tras la conquista de un no-yo que debe completar el yo, y de este modo el amor de la Dulcinea se resuelve en un símbolo, el símbolo de la conquista del no-yo. La novela de Cervantes con su caballero arrebatado de irrealizables fantasías, con sus costumbres extrañamente pintorescas, restos de un pasado glorioso, y con sus maravillosas creaciones, es la más galana flor de un suelo extraordinariamente romántico, y vino a ser para los románticos franceses un acabado modelo, admirable tanto por el plan general como por el detalle de la forma.

Calvert en su "Life of Cervantes" cuenta las ediciones del Quijote publicadas en Francia las que llegan a la extraordinaria suma de 158 divididas como sigue, por orden cronológico: 22 en el siglo XVII; 37 en el siglo XVIII y 99 en el siglo XIX.

Finalmente, los héroes de Cervantes: Don Quijote, Sancho Panza, Marco Antonio, Rinconete, Cortadillo, Preciosa, Ricardo, Persiles, Segismunda, y todos sus compañeros, recorren en triunfo, aunque a veces de modo invisible y oculto, las producciones del romanticismo francés, dejando en ellas las huellas indelebles de su paso.

LA LEYENDA DE DON JUAN, que no es anterior al siglo XVII, sigue en el orden cronológico y en importancia al Quijote como elemento influyente en el romanticismo francés. La leyenda de Don Juan debe su fama y extraordinaria difusión a haber inspirado a Molière una de sus obras maestras. También la debe al hecho de que, nacida de una idea religiosa, ha perdido felizmente su sentido primitivo y ha servido para representar una concepción particular del amor. En ella se expresan los sentimientos y costumbres de una categoría de individuos que tienen una manera propia de comprender las relaciones entre el hombre y la mujer. Ellos constituyen en la humanidad un género aparte cuya literatura ha reunido por vez primera sus diferentes caracteres en la persona de un héroe español, Don Juan. En él han encontrado una expresión tan vigorosa y completa que desde entonces el dictado de Don Juan se ha aplicado a todos los individuos de la especie

La leyenda de Don Juan nació en España, en aquella parte meridional de la península cuyo fértil suelo, cubierto de vergeles, fué el último campo de batalla de las dos razas y de las dos religiones, y en el cual se exaltaron más que en ninguna otra parte de España las vivas energías nacidas de la lucha por la conquista del suelo y el triunfo de la fe. Esta tierra madré de los Cortés, de los Pizarros y de tantos otros conquistadores de alma creyente, de pasiones fuertes y de espíritu aventurero, parecía por su situación y por sus costumbres predestinada a producir una fábula en la que se mezclan lo profundo del sentimiento religioso, la violencia de los apetitos y lo asombroso de las aventuras. La leyenda abarca elementos muy diversos, religiosos y profanos, que por vez primera fueron reunidos en España y que no hubieran podido serlo en ninguna otra parte. Más adelante lo sobrenatural se fué atenuando hasta borrarse al cabo por

completo ante el lado humano del drama, cuyo tema principal quedó reducido a los amores del héroe. Esta trasformación hizo perder a Don Juan lo que tenía de exclusivamente nacional, pero, en su origen, muy pocas fábulas tanto como esta han tomado su color y su significación del medio que las vió nacer.

La primera invención del Don Juan aparece en una pieza de los primeros años del siglo XVII, titulada: "El Burlador de Sevilla y convidado de piedra". De ella tomó Tirso de Molina el asunto de su drama cuyo título es: "No hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague o El convidado de piedra". Más tarde Molière, Byron, Mozart, Lenau, Zorrilla, Hoffmann y otros más, en prosa, en verso, en música han inmortalizado al héroe español, llenando la literatura universal con sus amores y aventuras.

Si resumimos los principales caracteres de los más ilustres héroes del Donjuanismo, a través de las edades, encontramos los siguientes: inconstancia, orgullo egoísmo, impiedad, truanería; esos son los defectos. Hé aquí las cualidades: belleza, valentía, talento, generosidad, amor del ideal. A todo esto se podrían añadir otros rasgos complementarios: curiosidad, audacia, amor de lo raro y de lo imprevisto. Estos caracteres no forman un todo, un conjunto armónico y homogéneo. Según los medios y los tiempos, los escritores y los artistas han puesto de relieve cierto número de ellos y abandonado otros. No coexisten todos. El personaje es tan poderoso y complejo que todos esos rasgos han sido imaginados progresivamente y no todos a la vez. Sin embargo un mismo aire de familia reina entre todos los representantes del género. Todos ellos tienen de común cierto número de sentimientos que les hacen reconocer como individuos de la misma raza. Descuella, entre todos esos sentimientos, un amor exclusivo, desbordante a la mujer. Nada es ciertamente más trivial en apariencia, ya que la más universal de las pasiones es el

amor, pero sus manifestaciones son infinitamente variadas, y los Don Juanes deben su originalidad a la concepción que han tenido de él. Al revés de tantos héroes de dramas y de novelas y de tantos personajes de la realidad, que no han amado ni podían amar sino a una mujer, Don Juan, ya sea español o francés, ya pertenezca al siglo XVII o al XIX, las ama a todas , sin distinción y sin preferencia. No distingue entre paisanas, duquesas, vírgenes o esposas. Las recorre todas con insaciable deseo, con curiosidad inagotable. Tiene un corazón capaz de amar toda la tierra. Así es que en realidad Don Juan no ama, si es que amar significa apegarse, sacrificarse, olvidar el propio yo en el yo de otro. El verdadero amante da más que recibe. Don Juan recibe sin cesar y no da jamás; hace conquistas pero nunca es conquistado. En este sentido, el Donjuanismo es un monstruoso egoísmo. Mas no es éste solo el carácter predominante de Don Juan; Nuestro héroe es imaginativo en sumo grado. La imaginación le hace salir de la esfera vulgar del hombre mujeriego para idealizar su amor. En este punto Don Juan preludia el romanticismo. Eso explica la parte preponderante de este tipo en la literatura romántica francesa de fines del siglo XVIII.

Hablando en términos generales, Don Juan Tenorio es la personificación acabada del carácter español y singularmente del andaluz en todo lo que tiene de bueno y de malo; es indefinible mezcla de altivez romana, fiereza goda y generosidad árabe que en las alturas del bien produce los Cides y Guzmanes, y en las profundidades del mal, los Tenorios y Corrientes.

" Don Juan, dice a este propósito Don Marcelino Menéndez y Pelayo, es tan popular como Hamlet, Otello, Romeo, y ha dejado más larga progenie que ninguno de ellos." Mas refiriéndonos só-

lo a algunos de los escritores románticos de Francia, diremos que Don Juan inspiró a Próspero Merimée su "Las ánimas del Purgatorio", a Dumas su "Don Juan de Marana " y a Musset muchos bellísimos pasajes de sus obras.

Hemos llegado a CALDERÓN, el ídolo de los románticos de todos los países y en especial de los de allende los Pirineos.

Mme Staël en su libro De L'Allemagne, llevando la voz de sus coterráneos, dice de Calderón que es el símbolo del perfecto romanticismo, puesto que en él se cifra todo lo trágico, sublime y eterno. Goethe lloró al oir la lectura del "Príncipe Perfecto" y nuevas lágrimas en memoria de Calderón corrieron también en Coppet en el castillo de Mme Staël.

Es el arte la bella expresión del ideal, y quien mejor lo realizare será siempre el mejor artista. Hay un ideal humano, universal, que abarca todas las manifestaciones de la vida; y hay otro ideal más concreto, pura y exclusivamente social, privativo o peculiar de una agrupación humana, que durante un largo trascurso de tiempo sometida a unas mismas instituciones, procura la realización del mismo fin. Calderón realiza como nadie el ideal humano, como patentemente lo declara la trascendencia universalísima de sus dramas filosóficos y religiosos, y el ideal español, representado en la lealtad incondicional al monarca como representante del poder divino y en el afectuoso y delicado respeto a la mujer, como emblema del amor, la virtud y la familia. Calderón además es un genio. Parece que su pensamiento vuela por el mundo, tomando de las flores sus matices más bellos, de los pájaros sus inspirados trinos, de las damas sus más íntimos y delicados afectos, de los hombres sus más heróicas resoluciones y de los cielos la majestad solemne de su inmensidad; en alas de su inspiración se lanza a las más altas regiones del arte,

y recogiendo en las cuerdas de su lira todas las armonías de la pasión y el sentimiento, canta el cielo y la tierra, la naturaleza y la humanidad. De aquí nace ese lirismo peculiar de su estilo, que a veces le impide poner en boca de sus personajes vulgares el lenguaje que les corresponde, y aun algo semejante le acontece en la expresión de los afectos. Cuando pinta la venganza del esposo ofendido, los celos del amante, la lealtad del caballero, las arrogancias del soldado y aun los desafueros del bandido, raya en lo increíble; más cuando se propone dar colorido a los sentimientos del sexo débil, su mismo empeño en realzarlos y embellecerlos le impide descubrir esas íntimas revelaciones que se manifiestan con mayor viveza en una frase natural y del momento que en los argumentos lógicos más irrebatibles.

Pero lo que más asombra en el teatro calderoniano es el interés siempre creciente que despierta el argumento de sus comedias, y la especial habilidad para complicar una acción con tales peripecias, que mantiene suspenso el ánimo de los expectadores, hasta que un desenlace imprevisto las más veces, y casi siempre naturalísimo, pone término a la acción. En este punto ningún teatro compite con el nuestro y ninguno de los dramaturgos españoles iguala a Calderón. Las costumbres de la época proporcionaban al poeta para complicar una acción, medios que no le era lícito desaprovechar. Aquellos mantos que impedían que las damas fuesen conocidas aun por sus padres y hermanos; aquellas capas y sombreros bajo los cuales se ocultaba fácilmente el rostro y hasta el pecho de un rival; el espíritu caballeresco que hacía de todo hombre un protector del perseguido, aunque fuera su más implacable enemigo, y un defensor de las damas, aun cuando hubiera recibido de ellas gravísimas ofensas, eran fuente inagotable de interés, movimiento y novedad dramática, que exigían en el poema una discreta y creciente complicación del nudo escénico que en vano pretenderían imitar los modernos ingenios que no tienen a su disposi-

ción tan poderosos y variados recursos.

En Francia ha habido dos grandes y contrarias corrientes de opinión respecto a Calderón de la Barca.

Los clasicistas de la antigua escuela lo han censurado y zaherido sin piedad y con las más acerbas críticas. Calderón era uno de los príncipales precursores del movimiento romántico y ellos no podían comprenderlo. Por eso la crítica francesa del décimoctavo siglo, con sus moldes y preceptos de Boileau, pasó sin menoscabo de la gloria de nuestro dramaturgo, dejando como huella de su paso el recuerdo de su injusticia y ligereza. En el siglo XIX, la crítica romántica, más elevada y racional, reconociendo que cada época y cada pueblo tienen su arte propio, ha demostrado cumplidamente la arbitrariedad de no pocos principios admitidos por los cánones aristotélicos como leyes eternas del buen gusto; ha evidenciado que el arte cristiano de la Edad Media ni tuvo ni podía tener nada común con el arte greco-romano, porque dos civilizaciones opuestas, producidas por principios contrarios y fundadas en creencias esencialmente distintas, ni podían dar en el arte los mismos frutos ni del mismo modo; y ha declarado por último que el arte romántico, desarrollado al calor de ciertas instituciones, el arte a quien la tradición y la leyenda dan la materia primera, la costumbre su vida y la fe su aliento, sin mendigar de la ajena imitación lo que en tan riquísimo venero puede encontrar, es el verdadero arte que crece robusto y vigoroso, como el cedro en el Líbano, la palmera en el Africa y el olivo en las deleitosas riberas del Betis, al paso que el arte que se funda en la servil imitación de ideas y sentimientos exóticos, se desenvuelve raquítico y enteco, como esas plantas nacidas al calor y en el suelo de los trópicos y trasplantadas a los invernaderos de los jardines del Norte. Esa crítica, hoy soberana y triunfante, ha decidido

el litigio a favor de nuestro poeta, colocándole en la más alta cumbre de la inspiración romántica.

Las notas dominantes del teatro calderoniano pueden reducirse a dos: Honor y Galantería.

El caballero español era valiente, apasionado y celoso; defendía a la mujer, amparaba a todo el que necesitaba su auxilio; podía amar y podía decirlo; no sufría competidor; no había sacrificio que no hiciese por la amada; no había poder que le hiciera sacrificar su honra. La dama española era recatada y honesta; obedecía dócil a su padre cuando le daba un esposo y era fiel a este esposo y lo amaba al fin aunque al principio le repugnase. No podía esto representarse así en el teatro porque donde falta lucha no hay interés, y la virtud paciente por más bella y admirable que sea no es de efecto dramático. Tenía pues Calderón que formarse una dama algún tanto ideal más humana, más romántica, reuniendo en una persona rasgos de caracteres pertenecientes a personas de clases distintas. Hízola altiva, grave y discreta como las señoras de corte; determinada, traviesa y sagaz como la hija de vecino; un poco egoísta, es decir, incapaz de amistad con otra mujer, como lo son todas porque su único y verdadero amigo es el hombre.

Son varias las traducciones francesas de las obras de Calderón; nos referimos sólo a aquellas obras que tienen un interés literario general. Voltaire tradujo "En esta vida todo es verdad y todo mentira". Linguet en su Théatre espagnol tradujo muchas de las producciones calderonianas. Lo mismo Esménard en su "Chefs d'oeuvre des Théatres étrangers". Damas-Hinard y A. de Latour tradujeron también varias obras del Príncipe de los ingenios españoles.

Hasta aquí, aunque de una manera muy concisa, como la índole de este trabajo lo requiere, hemos estudiado aquellos tipos españoles, aquellas obras literarias castellanas, que más principalmente han influído en el Romanticismo francés. Es ahora nuestro propósito examinar de cerca los corifeos de esa escuela en la vecina república, y demostrar la gran influencia que España ha ejercido en ellos.

Empecemos por PRÓSPERO MÉRIMÉE.

Mérimée tuvo el instinto de los hombres y del paisaje de España. Su mismo carácter le inclinaba a ello. Visitó por vez primera la patria del Cid en 1830 y después volvió a ella muchas veces. Mas antes de su primer viaje a España ya había publicado su famoso "Théâtre de Clara Gazul" en cuyo libro se encuentran narraciones, episodios y tipos propiamente españoles.

El carácter de Mérimée se puede definir diciendo que era un impasible. Refiérese que siendo aun niño, una vez, sus padres le reprendieron por una travesura y él se echó a llorar. Al salir de la habitación detúvose un momento a la puerta y oyó que su padre decía riendo: ¡Qué tonto es ese niño! Mérimée se sintió avergonzado, y desde aquel instante se propuso no volver jamás a parecer ridículo por exceso de sentimentalismo, ni pecar por sobra de candor y de inocencia. Así, toda su vida fué un modelo de sobriedad, de corrección y de impersonalidad. Siendo esa su característica, se sintió irresistiblemente atraído por España. Este país atraía a los grandes románticos franceses, pero ¿qué era España para los románticos franceses? Había una España del colorido, de lo pintoresco, la España de las Orientales, la de Víctor Hugo. Pero, psicológicamente, existía otra España, la de los caracteres, la de una psicología ruda, inflexible, caballeresca. Esta España fué la que atrajo a Mérimée. En su primer viaje trabó amistad con el conde de Teba y frecuentó el palacio de la plaza del Ángel.

Allí asistió a las espléndidas tertulias y recepciones que daban los magníficos aristócratas, y cuando Eugenia Montijo se casó con el príncipe Luis Napoleón y éste llegó a ser emperador de los franceses, Mérimée fué nombrado secretario del emperador, quien le asignó una pensión y le nombró inspector de Bellas Artes y senador vitalicio.

El paisaje moral de España armonizó perfectamente con el temperamento de Mérimée. Su estilo es sobrio, rígido y desprovisto de sentimentalismos; en él se echa de ver la austera nobleza del panorama de Castilla, junto con los caracteres fundamentales de nuestra novela y de nuestro teatro. Otro de los rasgos característicos de Mérimée es su pasión por lo pintoresco, y no podía por menos de sentir tal pasión en una tierra tan opuesta a la simetría de un Descartes o de un Lenôtre, como la tierra española.

Durante sus visitas a España, Mérimée contrajo íntima amistad con Estébanez Calderón. Este gran escritor le hizo sentir todo el color, toda la pasión y todo lo que hay de libre y espontáneo, todo lo cual se encuentra en los diferentes aspectos de la vida nacional española. Por encima de todo esto comienza ya el artificio y la retórica; esta amalgama de amor por lo popular y de espíritu contenido, impersonal, sobrio, constituye la modalidad de nuestro autor. En pocas palabras, es un espíritu profundamente aristocrático, extasiado ante el colorido de las pasiones del pueblo. La España pintada por él tiene los rasgos de la más profunda verdad; es la España de Quevedo y de Lope pero es sobre todo la España de doña María de Zayas, en sus novelas stendhalianas, sin retórica ni reflexiones morales, impersonales y objetivas.

STENDHAL (seudónimo de Enrique Beyle) se gloriaba, al igual que Victor Hugo, de que por sus venas corría sangre española, y de que en su espíritu encarnaba el aliento español. Este autor no gozó en vida de gran fama literaria, y eso es debido al hecho de que escribía de asuntos literarios y de imaginación como se escribe de álgebra. Solía decir que todas las mañanas antes de ponerse a escribir, repasaba algunos artículos del Código civil para inspirarse. Claro está que en una época en que el romanticismo, todo éxtasis y espléndores líricos, estaba en su apogeo, un escritor que componía novelas en estilo de Código no podía ser del agrado del público. Él lo comprendió muy bien, y por eso, seguro como estaba del valor de su obra, profetizó que hacia 1880, es decir, treinta años después, sus libros serían apreciados. Y así fué en efecto. En la fecha profetizada fué cuando se empezó a estudiar y propagar la obra de Beyle, y escritores que nada de común tenían entre sí proclamaron la excelencia e interés de sus escritos.

El concepto que Standhal tenía de España y del carácter español, aunque no difiere esencialmente del que tenían los otros románticos, tiene sin embargo un matiz especial. Según él, la idea que el español se forma del honor le hace ingenuo, confiado y sencillo a la faz del mundo, de sus engaños y trapisondas. Su amor a España le fué inspirado por una parienta. Citemos sus palabras: " Mi tía Isabel tenía el alma española; su carácter era la quintaesencia del honor; ella me comunicó esta manera de sentir y de ahí proviene la serie ridícula de mis tonterías cometidas por delicadeza y por grandeza de alma" nótese lo de "tonterías", pues el autor pretendía ser realista y discípulo de los filósofos y materialistas, mas su españolismo le hace aparecer ingenuo y lleno de candor en muchos casos. Procede como un Don Quijote, ambicionando ser un Sansón Carras-

co. Todo eso se debe, según él, a su carácter español. "Carezco de habilidad, escribe, y todos los días, por españolismo, me engañan en uno o dos francos cuando hago mis compras". El españolismo tiene además para Beyle otras dos consecuencias: "Primera, dice, aparto la mirada de todo lo que es bajo. Segunda, simpatizo, como cuando tenía diez años y leía Ariosto, con todos los cuentos de amor, de bosques, de generosidad". Su españolismo es candor; su españolismo es el mismo que el de don Quijote. Beyle refiere que en su niñez este gran libro le encantaba.

Vengamos a GAUTIER.

Teófilo Gautier debe a España la inspiración de una magnífica novela, de un libro de viajes y de una serie de poesías. El "Voyage" de Gautier fué una revelación: la revelación de la España, de sus antiguas ciudades, de sus monumentos, de sus campiñas. Las páginas que Toledo inspiró a nuestro autor serán leídas siempre con entusiasmo y deleite por cuantos amen a España. Toledo ocupa un lugar importantísimo en el desarrollo del romanticismo, y sirve a los escritores de 1898 de iniciación para el conocimiento de España. Los autores de esta generación han introducido en el arte las ciudades españolas.

España era para los románticos franceses el país de lo desconocido; la pasión romántica hallaba en la tierra española el atractivo del misterio, del peligro, de la fantasía delirante. Unos como Mérimée, veían en ella de una manera más concreta, el carácter indomable y trágico; otros como Stendhal, el honor caballeresco y desdeñoso del detalle prosáico, y otros en fin como Gautier y Hugo el colorido, lo exótico, el panorama de las ciudades y de las campiñas. Mas hemos de hacer una distinción entre Gautier y Víctor Hugo.

En el españolismo del autor de Hernani hay algo más que la sed y el gusto de la descripción. Ya lo veremos más adelante. Por el contrario, en Teófilo Gautier todo se subordina a la visión del mundo exterior. La España de Gautier es una España sin hombres, sin habitantes. Leed su famoso "Voyage" y no encontraréis en él ni figuras ni muchedumbres. Los españoles, la vida social de España, no le interesan. No dice una palabra sobre la política, sobre la historia, sobre los movimientos y los aspectos de la vida humana. Todo son paisajes y descripciones de ciudades. Cuéntase que la dueña de una de las casas en que en París se reunían los escritores y artistas, probablemente la princesa Matilde, al leer el libro de nuestro autor y no ver en él trazas de seres humanos, le preguntó: " Pero, Gautier, ¿no hay habitantes en España?" Es que Gautier hizo un libro pura y exclusivamente descriptivo, al contrario de Mérimée; para el primero España es un conjunto de cosas , para el segundo es un conjunto de caracteres.

ALFREDO DE VIGNY es otro de los románticos franceses en quien la influencia de España se ha hecho sentir de una manera muy notable. La producción de este gran poeta no ha sido muy abundante; todas sus poesías se encierran en un pequeño volumen. Entre esos pocos poemas hay dos consagrados a España. Vigny también insertó algunos recuerdos españoles en su novela de "Cinq Mars". Uno de los poemas dedicados a España se titula "Dolorida" y el otro "Le Trappiste". Éste se funda sobre un episodio de nuestra historia popular (1822), y en Dolorida, el autor trató de recoger y sintetizar lo que hay de más original y de más sustancial en el espíritu castellano.

La pasión de lo pintoresco y del colorido que resaltaba en Mérimée no existe en Vigny. Éste es más arbitrario más puramente

intelectual. De sus poemas y de la colección de sus relatos "Servitude et grandeur militaire" nace toda una religión noble, elevada y estóica de honor, de resignación ante el dolor, y de acceptación muda y digna de la muerte. "La Mort du Loup", la mejor tal vez de sus poesías, es todo un curso de estoicismo y de grandeza de alma. En vista de esto a nadie podrá extrañar que Vigny haya simpatizado con España, y se haya dejado dominar por la influencia de las cosas de España. Para tener una idea exacta de él imaginaos un Calderón de la Barca que hubiera creído sólo en las fuerzas humanas y hubiera sido además menos rico, más concentrado y más lento.

"Dolorida" lleva como epígrafe una frase castellana muy célebre: "Yo amo más a tu amor que a tu vida". El carácter de la heroína del poema se encuentra todo en esa frase. Tipos realmente singulares son los de esas mujeres de España. En ellas la pasión es muy tenaz y terrible; su decisión no conoce límites. Para ellas siempre generosas y magnánimas no hay nada más que el amor. Eso es precisamente lo que Calderón expuso en su comedia "Eco y Narciso". "Yo amo más a tu amor que a tu vida" dice Dolorida española y madrileña, en su magnífico palacio de Madrid donde vive solitaria y olvidada de su esposo. Su joven esposo que lleva una vida disipada de pronto se siente enfermo de muerte y va a pedir perdón a Dolorida y a decirle que quiere morir a su lado. "Ya que has podido vivir sin mí, le replica ella, ¿por qué quieres morir a mi lado?" Entonces el marido se apercibe de que Dolorida se dispone a beber un líquido extraño. ¿Qué es eso? le pregunta, y ella responde: "Le reste du poison qu'hier je t'ai versé" "Yo amo más a tu amor que a tu vida" he ahí condensado todo el españolismo del gran poeta, españolismo salido de la misma cantera de donde salió: " A secreto agravio secreta venganza".

Digamos algunas palabras sobre MUSSET.

Alfredo de Musset nos ha dejado muchas páginas en prosa y algunas poesías inspiradas por España. Musset recuerda de España el cielo azul, un paseo, el Prado, donde sueñan las esbeltas mujeres de ojoe negros, y unas escaleras que él llama azules, por donde en un antiguo palacio esas divinas beldades suben y bajan. En su poema "A la Malibran", el poeta habla de la mirada española. Musset en España se hubiera sentido magnetizado, enloquecido por esa mirada que los ojos de la mujer española lanzan desde la penumbra de la mantilla. Por un momento hubiérase sentido enloquecido y en ese momento todo su ser vibra de entusiasmo y de esperanza, mas un instante después el desencanto más profundo se apodera de su alma. Tal vez aquella mirada, aquella alucinadora promesa de deleites no era nada. En un minuto el poeta ha vivido la alegría de la satisfacción y la tristeza del desengaño.

Con frecuencia, al hablar de Musset y de España se cita su poesía "Une Andalouse". Y se la cita porque el poeta la comienza así: "Avez-vous vu dans Barcelone - Une Andalouse au sein bruni?" y se quiere suponer que Musset confundía Cataluña con Andalucía. Suposición absurda, pues hay andaluzas en Barcelona como las hay en Valencia y en otras ciudades. Pero Musset tiene otra poesía mucho más bella y tan española como la precedente. En ella resume el poeta toda su filosofía, esa filosofía, esa manera de sentir, ingenua y sentimental de que hablamos más arriba; lleva por título: "A Pepa"

Pepa - pregunta Musset - cuando llega la noche, y después de dar las buenas noches a tu madre, te retiras a tu cuarto, cuando, medio desnuda, a la luz de tu lámpara, te inclinas para orar, ¿en qué piensas? ¿En qué piensas, en ese momento en que el alma inquieta va a entregarse a los consejos de la noche? Ya has mirado debajo de la

cama. El silencio reina en toda la casa. Oh Pepita, niña encantadora, amor mío, ¿en qué piensas?.Quién lo sabe! Tal vez en el héroe de la novela que has leído. Tal vez en todo eso que inventa la fantasía y la realidad desmiente. Tal vez en los novios, en los bombones, en los maridos o en las tiernas confidencias de un corazón cándido como el tuyo, o en tus vestidos, o en el baile. Y el poeta termina diciendo:"Tal vez en mí; tal vez en nada" En este final está todo Musset; todo el desencanto, toda la desilusión suprema del gran poeta.

Mas ningún romántico francés debe a España tanto como VÍCTOR HUGO.

Víctor Hugo amaba a España profundamente; pasó en ella los primeros años de su vida y siendo ya hombre pasó una larga temporada en Pasajes. El mismo nos cuenta su estancia en las montañas vascas y sus visitas a Pamplona. Muchas de las obras de este gran autor le fueron inspiradas por España. Citemos entre otras a Hernani, Ruy Blas y Torquemada. También hay páginas admirables consagradas al Cid en "La Légende des siècles". Finalmente "Les Chansons des rues et des bois" contienen preciosas poesías dedicadas a una española ideal.

Hugo toma el elemento español como una corroboración de su concepción poética toda entera. Humanitario, ardiente partidario del progreso, destructor de toda tiranía y de toda superstición, ve en la historia y en la atmósfera de España una cantera de donde sacar materiales para sus temas grandilocuentes, para dar fuerza a su tesis. No ve sólo en España el colorido sino también y principalmente un interesante fragmento de la humanidad, en un medio determinado y en un cierto punto de su evolución, y mostrando al mundo

esta parte de humanidad, pone delante de su vista el poder y la influencia de instituciones y de sentimientos diversos, y le dice lo que ha sido y lo que puede ser el hombre.

Como se ve, en el españolismo de Hugo hay una trascendencia que no se encuentra ni en Mérimée ni en Gautier ni en Stendhal. Recordemos este verso de "Torquemada": L'Espagne pierre a pierre et pas a pas se fonde " dice el rey. Sí, España, la nación española se funda, se consolida, poco a poco, a despecho de las corrupciones, de los obstáculos, de los abusos, de los desórdenes, de las confusiones . La España adelanta lentamente pero adelanta luchando contra el error y la obstinación. Y Víctor Hugo que tan admirablemente pinta la España vieja, abre su corazón a la esperanza y ama a esta tierra de espléndidos panoramas.

Mucho se ha discutido acerca de la exactitud histórica de los escritos españolistas de Hugo, por ejemplo, en "Ruy Blas" pero en sus obras, como en las de todos los grandes artistas, por encima de los detalles se cierne el espíritu que da a la creación su verdadero tono . Poco importan el anacronismo, el error y aun la falsedad en las cosas menudas. Debemos considerar la sustancia de la obra, y la sustancia en Vítor Hugo es española, profundamente española. Hé aquí un ejemplo. Tomemos el Consejo de ministros que se describe en Ruy Blas. Se dirá que todo eso es falso, fantástico, anacrónico, mas repasemos los escritos de nuestros viejos economistas llenos de lágrimas y lamentos a causa de nuestra corrupción y disipación; recordemos aquellos versos que le costaron a Quevedo la prisión y el destierro; leamos, en fin, los libros de nuestros modernos historiadores, de Cánovas por ejemplo, acerca de la decadencia española, y después de hecho todo eso, digamos si el Consejo de ministros que nos presenta Hugo en su drama no es una maravillosa, una profundísima

síntesis de la historia de España.

Precisamente, esa claridad con que Hugo se expresa sobre los defectos de la nación española, nace de su mismo amor a ella. Por otra parte, ningún escritor extranjero ha hecho de España los elogios que él le ha tributado. Véase una muestra bien elocuente por cierto. Con el título de "España un gran pueblo" escribió el gran romántico francés: " Un pueblo que ha sido durante mil años, y del siglo XI al XVI especialmente, el primer pueblo de Europa, igual a Grecia por la epopeya, a Italia por el arte, a Francia por la filosofía. - Este pueblo ha tenido un Leónidas con el nombre de Pelayo y un Aquiles con el nombre del Cid. Este pueblo que empezó con Viriato ha tenido un Lepanto como los griegos una Salamina. Sin este pueblo Corneille no hubiera creado la tragedia, ni Colón hubiera descubierto la América. - Este pueblo es el pueblo indomable del Fuero Juzgo. Ha tenido su Asamblea de la selva contemporánea del Forum de Roma, congreso de los bosques, donde el pueblo reinaba dos veces al mes. Ha tenido Cortes en León setenta y siete años antes que los ingleses tuvieran su Parlamento en Londres.............Naciente este pueblo tuvo en jaque a Carlomagno y expirante ha tenido en jaque a Napoleón. - Este pueblo ha tenido enfermedades, ha sufrido plagas, pero ni las plagas deshonran al león ni las enfermedades a España....... El alma inmensa de este pueblo ha arrojado mucha luz sobre la tierra. Hoy esa nación renace de sus cenizas como el Fénix, pero lo que es fábula del Fénix es verdad en ese pueblo............ Es menester no olvidar que España es un gigante de pie, en Europa, detrás de una barricada: los Pirineos."

Vamos a dar cima a este lijero estudio sobre la influencia de España en los románticos franceses, citando unas palabras de

F. Brunetière. Dice así este famoso crítico francés: "Debemos muy poco a la literatura alemana, a la inglesa le debemos algo más, pero debemos mucho a la literatura española y a la italiana, y sin pretender aminorar nuestra deuda para con la segunda, creo que la primera, la española, ha influido más profunda y continuamente sobre la nuestra."

Boston, Marzo de 1920 S. Cornejo

BIBLIOGRAFÍA

A) Libros de los cuales he hecho un detenido estudio.

VICTOR CHERBULIEZ: L'idéal romanesque en France.

Paris - Hachette- 1911

GEORGES MEUNIER: Le Bilan Littéraire du XIX siecle.

Paris - Charpentier - 1898

ARTURO FARINELLI: España y su literatura en el extranjero.

Madrid - Tello - 1902

J. J. A. BERTRAND: Cervantes et le Romantisme allemand.

Paris - Felix Alcan - 1914

G. G. DE BÉVOTTÉ: La Légende de Don Juan.

Paris - Hachette - 1906

MARCELINO M. PELAYO: Calderón y su teatro.

Madrid - Pérez Dubrull - 1884

A. MOREL FATIO: Études sur l'Espagne

Paris - F. Vieweg - 1888

F. BRUNETIÈRE: Études critiques sur l'histoire de la littér. française.

Paris - Hachette - 1891

F. A. COMMELERAN: Don Pedro Calderón de la Barca.

Madrid - Dubrull - 1881

RENÉ DOUMIC: Hommes et idées du XIX siècle.

Paris - Perrin - 1903

H. LARDANCHET: Les enfants perdus du Romantisme.

Paris - Perrin - 1905

D. NISARD: Essais sur l'école romantique.

Paris - Calman Lévy- 1891

PINEYRO: El Romanticismo en España.

Paris - Garnier- 1905

MUSSET: OEuvres complètes.

Paris - Charpentier - 1889

STENDHAL: OEuvres complètes.

Paris - Charpentier- 1983

MÉRIMÉE: Carmen - Colomba - La Venus d'Ille - Les âmes du Purgatoire.

Paris - Lévy - 1891

GAUTIER: Voyage en Espagne.

Paris - Charpentier - 1879

VICTOR HUGO: La Légende des siecles.

Paris - Hachette - 1876

Notre-dame

Bruxelles - Méline - 1832

Théâtre

Paris - Hachette - 1878

VIGNY: OEuvres complètes.

Paris - Lévy - 1874

B) Libros que sólo he leído en parte o de manera superficial.

MOUGENOT: Hugo et les Décadents.

Paris - Le Chat Noir - 1889

MAIGNIEN: Études littéraires et philosophiques.

Paris - Maire-Nyon - 1841

GOURMONT: Promenades littéraires et philosophiques

Paris - Mercure de France - 1912

MANUEL DE LA REVILLA: Sus obras completas.

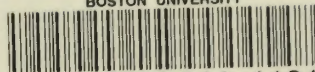
Madrid - 1883

J. E. HARTZENBUSCH: Biblioteca de Autores españoles.

Madrid - Rivadeneira - 1848

CHEFS D'OEUVRE des Théâtres étrangers .

Paris - Ladvocat- 1822



BOSTON UNIVERSITY
1 1719 02544 1181